



Año XLVIII

Orihuela 1 Febrero de 1930

Num. 1107

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

XXV Aniversario de la Muerte de



D. Adolfo Clavarana y Garriga

Abogado, Fundador y Director de
"La Lectura Popular"

Falleció el 14 de Febrero de 1905

R. I. P. A.

La Redacción de esta Revista y familia del finado, suplican a sus amigos, una oración por el alma del que sacrificó su vida en defensa de la verdad.

Hay concedidas 200, 100 y 50 días de indulgencias respectivamente a todos los fieles por cada acto piadoso que se practique en sufragio del alma del finado.

La Enseñanza religiosa

Unos profesores españoles de Institutos se han reunido en un congresillo, para tratar de diversas cuestiones que interesan a la Segunda Enseñanza.

Las sesiones se iban deslizando en paz y concordia, cosa no difícil cuando se trata de pedir.

Mas he aquí como el diablo metió su rabo entre la sosegada reunión de profesores y les alteró la sangre y les congestionó la cabeza hasta ponerlos apopléticos.

Tres buenos señores que habían tomado en serio el susodicho congresillo y que no habían pensado en el mal humor del diablo—y siempre lo tiene cuando de Dios se trata—, propusieron que se declarase la necesidad de

la enseñanza religiosa en los Institutos, pidiendo al gobierno que la impusiese como asignatura obligatoria.

Nunca que tal hubiesen dicho.

Un señor se levanta y dice:

—La religión es como la honradez; que se la supone, pero no se la enseña.

Otros dijeron:

—Esa proposición no es oportuna.

Los defensores de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa se atrevieron a objetar:

—Pedimos que se enseñe la Religión, en nombre de la cultura.

¿Cultura?

¡No ha lugar!

Y por unos votos fue rechazada la proposición, por no considerarla oportuna.

¡Y esos profesores, son pagados con el dinero de los católicos españoles, para enseñar a hijos de españoles católicos! ¡La enseñanza de la Religión del Estado no es oportuna!

¡Y todos aquellos señores estarán de seguro bautizados y habrán recibido y recibirán otros sacramentos y enseñarán a sus hijos la Religión que ellos profesan!

Pero no quieren la Religión en los Institutos, ni en nombre de la cultura.

Les agrada más el rutinarismo y la incultura religiosa...

¡La religión y la honradez asignaturas libres en los Institutos!

Con razón se han alarmado los padres de familia.

Ellos haciendo honor a su bautismo y a sus ideas y a la cultura, quieren

que se cumpla lo que manda la Iglesia cuando dice:

«En todas las escuelas primarias se dará a los niños, según su capacidad, instrucción religiosa; y en las Universidades y Escuelas de segunda enseñanza de la juventud sea más extensa. Procuren, pues, los Prelados que este se haga por sacerdotes que se distingán por su celo y doctrina.»

Los mismos profesores han dicho en ese Congreso que «el fin de la 2.^a Enseñanza es la educación científica y moral.»

¿Y como se podrá enseñar moral sin enseñar religión?

¿Y como se podría explicar filosofía e historia y hasta literatura sin conocimiento de la Religión?

Ah, señores profesores, es más fácil dar en la herradura que en el clavo.

L. A.

Campañas judaizantes

Hay que ver la actitud jeremiaca y oír los lamentos de uno o dos periódicos madrileños, de cuyos nombres no queremos acordarnos, ante el destierro, ya va para quinientos años, de los judíos sefarditas...

—¡Pobres judíos! ¡Quinientos años desterrados de España!

—Oigan sus mercedes, va para dos mil años que salieron desterrados de Palestina; que vuelvan allí, sin hacer parada en esta estación de tránsito.

—Es que nos duele en el alma que no vuelvan a ver la imperial Toledo de cuyas casas guardan las llaves...

—¿Y por qué no se conduelen ustedes de esos millones de emigrantes españoles, españolísimos, que viven muriendo en trabajos forzados por el hambre y la miseria, en Europa, en Africa, en América...?

Las campañas por la inmigración de los judíos sefarditas, cuando España está sufriendo el mal de la emigración no es comprensible sino es por aquello de que poderoso caballero es don dinero.

Los judíos sefarditas son pobres; pero no así los judíos dominadores del gran capitalismo europeo y americano, y conviene a estos que sus herma-

nos de raza vengan a pueblos como el español donde les podrían hacer ambiente y servir de apoyo...

Además que hoy aquellos hermanos de religión son para los judíos ricos una pesadilla, por la solidaridad de raza que en ellos, a pesar de las diferencias de estado económico, subsiste siempre; por lo costosa que les resulta hoy la protección que les prestan, y por el fracaso del retorno al llorado reino de Sión.

Algunas plumas españolas les hacen coro olvidando que si es explicable el que los judíos protejan a los judíos, no lo es el que los españoles se olviden de los españoles que andan por esos mundos, emigrados, porque la necesidad de comer el pan aunque sea duro, les tiene cerradas las fronteras de su patria...

Y los judíos cuando salieron de España pudieron llevarse las llaves de sus casas; pero esos pobres españoles, ni siquiera las llaves se han podido llevar, porque las más de las veces se les han quedado en las manos de los usureros...

¿Será que la defensa de esos españoles no se traduce en cheques de fácil cobro?

Alguno de esos periódicos insinúa el fin de esas campañas israelitas... Si vienen los judíos, dicen, cambiará el espíritu español...

Ahí, ahí está la razón suprema del interés por la invasión del judaísmo: les estorba Cristo y quieren traer de nuevo a los judíos para que lo crucifiquen...

A Judas por vender a Cristo le dieron treinta monedas...

A. Hernán

CASOS Y COSAS

Las encuestas son el plato obligado de la prensa retrógado—liberal—socializante.

—¿Qué opina V. del amor? ¿qué de la cultura? ¿Y de la patria?

¡Y cada tiburón que le sale al amor, y cada alcornoque a la cultura y cada mulo a la patria, valen un imperio..!

A lo mejor un farmacéutico deja sus morteros y sus redomas y se mete con el amor, para decir que es libre!

No es extraño que un farmacéutico sueñe en la libertad. El mostrador forzoso es para morir de nostalgia.

Algún médico se ha encarado con la cultura actual y la ha puesto de oro y azul ¿por qué? porque está influenciada por la religión...

La religión viene de ordinario a pagar los vidrios rotos de los concurrentes a esas encuestas...

Por arriba o por abajo, el término es meterse con la religión, pero no con cualquiera de las religiones, sino con la católica, apostólica, romana.

¡Que no se enseñe la Religión! ¡que no se reciban sus sacramentos! ¡que no se practique su moral! Esa es la envidia de todas las contestaciones.

Y todo ello en nombre del progreso... ¡Será del progreso pecuario! ¡Porque tanta coz a la Religión!

Los loros han traído a Europa una terrible enfermedad.

Y dicen los sabios que el mortal contagio se trasmite de ordinario por el beso a los loritos.

Y es un hecho que los casos de invasión son más numerosos en los pueblos donde más se ha intensificado la propaganda de Sociedades de Amigos de animales.

Tanto cariño a los loritos y a los animalitos, mientras tantos hermanos nuestros están esperando un poco de amor de sus semejantes, había de tener mal remate. Con los loritos ya se ha llegado. Con los demás animalitos, llegaremos, vaya si llegaremos.

Las leyes de la naturaleza no se quebrantan impunemente.

En Estados Unidos constituye una preocupación pública la cuantía de trabajo que se viene dando a los hombres mayores de cuarenta años.

El ministro del Trabajo Davis se ha dirigido a la opinión pública diciendo:

—«Es evidente que nuestros mejores empleados, los más inteligentes hombres de negocios, los que producen siempre una labor más fecunda son los hombres que han cumplido los cuarenta, los cincuenta y hasta edades más avanzadas.»

La raíz del mal que Davvis quiere cortar está, aunque el no lo diga, por que quizá le dé vergüenza, en el concepto que en aquella sociedad materialista se tiene del hombre... Allí el hombre es una máquina, es un producto...

Y las máquinas mejores son las nuevas; y los productos mejores son los recientes y frescos...

En una capital española, a nosotros muy próxima, cuatro niños de trece años, de familias acomodadas y honradas, han cometido un robo. Preguntados por la policía sobre los motivos han contestado:

—Lo que hemos visto en el cine.

Y luego de pasadas unas horas de su detención se admiraban de que no les soltasen:

—A los ladrones del cine, decían, los sueltan antes...

Son los males del cine; males que son prácticamente mucho mayores que los bienes.

La experiencia demuestra que los cinemas que han querido dedicarse y especializarse en espectáculos científicos e instructivos han ido casi siempre a la bancarrota.

Los films más comunes y más visitados por el público son aquellos que tratan y representan episodios pasionales, que tienen por protagonistas a bandidos, a policías extravagantes y fantásticos, a sujetos vulgares que desarrollan en el niño los instintos de crueldad, de violencia y de toda sensación fuerte, peor que la del tabaco y la del alcohol...

La enseñanza laica va dando los esperados frutos en la comunista Rusia.

Suicidios:

Año 1923: 4265

Año 1924: 5058

Año 1925: 6338

Año 1926: 6417

Los años 1927, 1928 y 1929 no se han querido incluir en la estadística oficial sino con esta nota, lacónica y expresiva. «En estos años los suicidios han aumentado considerablemente.»

Entre los suicidas hay 300 niños menores de quince años.

Los soviets han encargado a un profesor de la Universidad de Moscú un trabajo especial sobre las causas del aumento de suicidios.

El profesor lo achaca a la neurastenia; pero reconoce que la gran mayoría de los suicidas son comunistas y un 40 por % menores de 25 años.

La neurastenia, dice el profesor, es un mal que se extiende señaladamente entre la juventud escolar, universitaria y obrera, es decir, entre los *sin Dios*...

Cuando los hombres pierden el camino de la verdad, pierden también el de la vida.

L. Almarcha

La divinidad de Jesucristo probada por Napoleón

Una tarde en Santa Elena, la conversación era animada; se trataba un asunto de gran importancia: se discutía la divinidad de Jesucristo, Napoleón defendía la verdad de este dogma con los argumentos y la elocuencia de un hombre de genio, con algo también de la fe del corso y del italiano.

A las objeciones de uno de sus interlocutores, que en el Salvador solo creía ver un sabio, un filósofo ilustre, un gran hombre, respondió el Emperador:

—«Yo conozco a los hombres, y yo os digo que Jesucristo es Dios.

«Los espíritus superficiales ven semejanza entre Cristo y los fundadores de imperios, los conquistadores y los dioses de otras religiones. Esta semejanza no existe. Entre el cristianismo y cualquiera otra de las religiones existe la distancia del infinito.

«Cualquiera que con un verdadero conocimiento de las cosas y experiencia de los hombres venga a ésta cuestión, la resolverá como yo.

«Yo no veo en Licurgo, Numa, Confucio y Mahoma sino legisladores que, desempeñando el primer puesto en el Estado, buscaron la mejor solución del problema social; pero nada veo en ellos que descubra la divinidad: ellos mismos no han elevado tan alto sus pretensiones.

«No sucede lo mismo con Cristo.

Todo lo de El me maravilla: entre El y cualquiera otro no hay término posible de comparación. El es verdaderamente un ser aparte: sus ideas y sus sentimientos, la verdad que anuncia, su manera de convencer, no se explican ni por la organización humana, ni por la naturaleza de las cosas.

«Su nacimiento y la historia de su vida: la profundidad de su dogma, que toca la cima de las dificultades y que es de ellas la más admirable solución: su Evangelio; la singularidad de este ser misterioso: su aparición; su imperio; su marcha a través de los siglos y de los reinos, todo es para mí un prodigio, yo no sé qué misterio insondable... que me abisma en un delirio del que no puedo salir.

«Habláis de Confucio, de Zoroastro, de Numa, de Júpiter y de Mahoma: pero hay entre ellos y Cristo una gran diferencia, así como todo lo que Jesucristo ha hecho, propio es de un Dios, así por el contrario, nada hay entre aquellos personajes que no sea propia de un hombre: la acción de estos mortales fué limitada a su vida, y viviendo ellos fué como establecieron su culto, con la ayuda sobre todo de las pasiones, con la fuerza y el favor de los acontecimientos públicos.

«Habláis de César y de Alejandro, de sus conquistas y del entusiasmo que supieron encender en el corazón del soldado para arrastrarles consigo a aventuradas expediciones pero no es preciso ver en ello lo que vale el amor del soldado, el ascendiente del genio y de la victoria, el efecto natural de la disciplina militar y el resultado de un mandamiento habil y legítimo. Pero ¿cuántos años duró el imperio de César? ¿Cuánto tiempo conservaron los soldados el entusiasmo por Alejandro? Gozaron de este homenaje un día, una hora, el tiempo de su mando, o lo más de su vida, según los caprichos del número y de la suerte, según los cálculos de la estrategia, por último, según la fortuna de la guerra.

«Concebís un muerto haciendo conquistas con un ejército fiel, consagrado a su memoria?

«Concebís un fantasma que tiene soldados sin sueldo, sin esperanza pa-

ra ese mundo, y que le inspira la perseverancia y el sufrimiento de todo género de privaciones? ¡Ay! El cuerpo de Turene estaba aún caliente cuando su ejército huía precipitadamente de Montecúculi.

Y a mi me olvidan mis ejércitos cuando aún vivo, lo mismo que el ejército cartaginés olvidó a Anibal. He aquí nuestro poder. ¡A nosotros, grandes hombres, una sola batalla perdida nos abate, y la adversidad nos arrebatara nuestros amigos!

Concebís a ningún hombre célebre gobernando desde su sepulcro un imperio, desde su tumba velando por los destinos del mundo. He aquí el poder del Dios de los cristianos, y el perpetuo milagro del acrecentamiento de la fe y del gobierno de su Iglesia. ¡Los pueblos pasan, los tronos se derrumban y la Iglesia permanece! ¿Qué fuerza es, pues, la que mantiene firme a esta Iglesia, combatida por el furioso océano de la cólera y del desprecio del siglo? ¿Cuál es el brazo que hace mil ochocientos años le está preservando de tantas borrascosas tempestades como han amenazado destruirla?

«En toda otra existencia que la de Cristo, ¡cuántas imperfecciones, cuántas vicisitudes! ¿Dónde está el carácter que no se deje caer abatido por ciertos obstáculos? ¿Quién es el individuo que no se modifica por los acontecimientos o por los lugares, que no sufra la influencia del tiempo y no transija con las costumbres, con las pasiones con alguna necesidad que lo sobrepuje?

«¿Y cómo? Por un prodigio que excede a todo prodigio. Quiere Jesucristo el amor de los hombres, es decir, lo que hay en el mundo más difícil de alcanzar, lo que un sabio pide en vano a algunos amigos, un padre de sus hijos, una esposa a su esposo, un hermano a su hermano; en una palabra, el corazón: esto es lo que para sí quiere; lo exige absolutamente y enseguida lo consigue. De aquí infero yo su divinidad. Alejandro, César, Anibal y Luis XIV, con todo su genio, se estrellaron contra este imposible. Conquistaron el mundo, y no pudieron conseguir tener un amigo. En la actualidad quizá soy yo el único que

ama a Anibal, a César, a Alejandro... El gran Luis XIV, que tanto brilló en la Francia y en el mundo, no tenía ni un amigo en todo su reino, ni aún en su familia. Es verdad que amamos a nuestros hijos, pero ¿por qué? Obedecemos en ello a un instinto de la naturaleza, a una voluntad de Dios, a una necesidad que los animales mismos reconocen y cumplen; pero ¡cuántos hijos hay que se muestran insensibles a nuestras caricias, y a todos cuántos cuidados les prodigamos! ¡cuántos hijos ingratos!

«Jesucristo habla y desde luego las generaciones le pertenecen por vínculos más estrechos y más íntimos que los de la sangre: por una unión más íntima, más sagrada y más imperiosa que cualquiera otra unión. El enciende la llama de un amor que apaga el amor propio y prevalece sobre todo otro amor.

«A este milagro de su voluntad, ¿cómo no reconocer al Verbo creador del mundo?

«Los fundadores de religión ni siquiera tuvieron la menor idea de ese amor místico que, bajo el bello nombre de *caridad*, es la esencia del Cristianismo.

«Por esto el más grande milagro de Cristo es, sin duda alguna, el reino de la caridad.

«Únicamente El consiguió elevar el corazón de los hombres hasta lo invisible, hasta el sacrificio del tiempo: únicamente El, creando esta inmola-ción, creó un vínculo entre el cielo y la tierra.

«Todos los que creen sinceramente en El experimentan este amor admirable, sobrenatural, superior, fenómeno inexplicable, imposible a la razón y a las fuerzas del hombre. Yo, Napoleón, admiro mucho esto, porque con frecuencia he meditado sobre ello, y es lo que me prueba hasta la evidencia la divinidad de Cristo.

«Yo he entusiasmado a millares que morían por mí. ¡No quiera Dios que yo forme comparación alguna entre el entusiasmo de los soldados y la caridad cristiana, tan diferentes entre sí como la causa que los produce. Pero al fin era indispensable mi presencia, el fuego de mi mirada, mi acento, una palabra mía: entonces encendía yo en los corazones un fuego sagrado... Ciertamente, poseo el secreto de ese poder mágico que acalora la imaginación; pero no podría yo acertar a comunicárselo a nadie: ninguno de mis generales recibió ni las adivinó de mí; tampoco el secreto de eternizar mi nombre y mi amor en los corazones...

«Ahora, mientras estoy en Santa Elena... ahora que estoy solo, clavado

sobre esta roca, ¿quién batalla y conquista imperios por mí? ¿dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿Se piensa en mí? ¿quién se mueve por mí en Europa? ¿quién me permanece fiel? ¿dónde están mis amigos? Sí, dos o tres.

«¡Tal es el destino de los grandes hombres, el de César y el de Alejandro. El nombre de un conquistador, y lo mismo el de emperador, no viene a ser más que un tema de colegio! ¡Nuestros grandes hechos caen bajo la férula de un pedante que nos alaba o nos insulta!

«He aquí el destino muy próximo del gran Napoleón. ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino eterno de Cristo predicado, incensado, amado, adorado, siempre vivo en todo el universo...!

«¿Es esto morir? ¿No es más bien vivir? ¿He aquí la muerte de Cristo? ¡He aquí la vida de Dios!»

El Emperador calló y como el general Bertrand guardase silencio: «Si vos no comprendéis, repuso el Emperador, que Jesucristo es Dios, yo he sido injusto en haberos hecho general!»

La caridad de los pobres

El rasgo siguiente ha sido contado por el P. Milleriot en una asamblea general de las conferencias de San Vicente de Paul.

Una pobre mujer completamente miserable venía frecuentemente a encontrarme y me hablaba de Dios con tanta elevación y fe que no me cansaba de escuchar. Un día me decidí a preguntarle sobre su manera de vivir:

—¡Pues bien!, dime, hija, ¿de qué y cómo vivís?

—¡Toma! Padre, como puedo.

—Pero ¿qué ganas cada día?

—Gano de diez a quince perras.

—Bien ¿qué comes?

—Lo que puedo, Padre.

—¿Qué es lo que puedes comer?

—Padre, yo como pan.

—Sin embargo con diez o quince perras se puede comer algo más que pan. ¿Qué haces con el dinero que te sobra?

—¡Ah! Padre mío, veo tantas miserias alrededor de mí y gentes tan desgraciadas que no puedo resistir a la necesidad de ayudarlas un poco.

He aquí la caridad que hace más que dar, sino que se da ella misma.

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.